

peor y escarmentado en mi cabeza, huyó para la calle. Yo rabiando y todo pelado subí la escalerita de palo con ánimo de desmechar á la vieja, topara en lo que topara, y después marcharme como Andrés; pero esta condenada era varonil y resuelta, y así luego que me vió arriba, tomó el cuchillo del brasero y se fué sobre mí con el mayor denuedo, y hablando medias palabras de cólera, me decía: — ¡Ah, grandísimo bellaco atrevido! ahora te enseñaré... — Yo no pude oír qué me quería enseñar ni me quise quedar á aprender la lección, sino que volví la grupa con la mayor ligereza, y fué con tal desgracia, que tropezando con un perrillo bajé la escalera más presto que la había subido y del más extraño modo, porque la bajé de cabeza magullándome las costillas.

La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia, sino que bajó detrás de mí como un rayo con el cuchillo en la mano y tan determinada, que hasta ahora pienso que si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuadras lejos de su furor. Porque eso sí tenía yo alas en los pies, cuando me amenazaba algún peligro, y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció ésta mi salida á la de la casa de Chanfaina; pero en lo demás fué peor, porque

de aquí salí á la carrera, sin sombrero, bañado y chamuscado.

Así me hallé como á las once de la mañana por el paseo que llaman de la Tlaxpana. Estúveme en el sol esperando se me secara mi pobre ropa, que cada día iba de mal en peor, como que no tenía relevo.

Á las tres de la tarde ya estaba enteramente seca, enjuta, y yo malacondicionado, porque me affigía el hambre con todas sus fuerzas; algunas ampollas se me habían levantado por la travesura de la vieja; los zapatos, como que estaban tan mal tratados con el tiempo que se tenían en mis pies por mero cumplimiento, me abandonaron en la carrera; yo que ví la diabólica figura que hacía sin ellos á causa de que las medias descubrieron toda la suciedad y flecos de las soletas, me las quité, y no teniendo dónde guardarlas las tiré, quedándome descalzo de pie y pierna; y para colmo de mi desgracia me urgía demasiado el miedo al pensar en dónde pasaría la noche sin atreverme á decidir entre si me quedaría en el campo ó me volvería á la ciudad, pues por todas partes hallaba insuperables embarazos. En el campo temía el hambre, las inclemencias del tiempo y la lobre-guez de la noche; y en la ciudad temía la cárcel y un mal encuentro con Chanfaina ó el maestro barbero; pero por fin, á las oraciones de la noche, venció el miedo de esta parte, y me volví á la ciudad.

Á las ocho estaba yo en el portal de las Flores, muerto de hambre, la que se aumentaba con el ejercicio que hacía con tanto andar. No tenía en el cuerpo cosa que valiera más que una medallita de plata que había comprado en cinco reales cuando estaba en la barbería; me costó mucho trabajo venderla á esas horas; pero por último, hallé quién me diera por ella dos y medio, de los que gasté un real en cenar y medio en cigarros.

Alentado mi estómago, sólo restaba determinar dónde quedarme. Andaba yo calles y más calles sin saber en dónde recogerme, hasta que pasando por el mesón del Ángel oí sonar las bolas del truco, y acordándome del *arrastraderito* de Juan Largo, dije entre mí: — No hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime; aquí me quedo esta noche. — Y diciendo y haciendo me metí en el truco.

Todos me miraban con la mayor atención, no por lo trapiento, que otros había allí peores que yo, sino por lo ridículo, pues estaba descalzo enteramente; calzones blancos no los conocía; los de encima eran negros de terna, parchados y agujereados; mi camisa después de rota estaba casi negra de mugre, mi chupa era de angaripola rota y con tamaños florones colorados; el sombrero se quedó en casa, y después de tantas guapezas tenía la cara algo extravagante, pues la tenía ampollada

y los ojos medio escondidos dentro de las vejigas que me hizo el agua hirviendo.

No era mucho que todos notaran tan extraña figura; mas á mí no se me dió nada de su atención, y hubiera sufrido algún vejamen á trueque de no quedarme en la calle.

Dieron las nueve, acabaron de jugar y se fueron saliendo todos menos yo, que luego luego me comedí á apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: — Amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy á cerrar. — Váyase usted, señor, le dije; no tengo dónde quedarme, hágame usted favor de que pase la noche aquí en un banco, le daré un real que tengo, y si más tuviera más le diera.

Ya hemos dicho que en todas partes, en todos ejercicios y destinos se ven hombres buenos y malos, y así no se hará novedad de que en un truco y en clase de coime, fuera éste de quien hablo un hombre de bien y sensible. Así lo experimenté, pues me dijo: — Guarde usted su real, amigo, y quédese norabuena. ¿Ya cenó? — Sí, señor, le respondí. — Pues yo también. Vámonos á acostar. — Sacó un zarape, me lo prestó, y mientras nos desnudamos quiso informarse de quién era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí, y me prometió que hablaría á

un amigo boticario que no tenía mozo, á ver si me acomodaba en su casa. Yo acepté el favor, le dí las gracias por él y nos dormimos.

A la siguiente mañana, á pesar de mi flojera, me levanté primero que el coime; barrí, sacudí é hice cuanto pude por granjearlo. Él se pagó de esto, y me dijo: — Voy á ver al boticario; pero ¿qué haremos de sombrero? Pues en esas trazas que usted tiene está muy sospechoso. — Yo no sé qué haré, le dije, porque no tengo más que un real y con tan poco no se ha de hallar; pero mientras que usted me hace favor de ver á ese señor boticario, ya vuelvo.

Dicho esto me fuí, me desayuné y en un zaguán me quité la chupa y la ferí en el baratillo por el primer sombrero que me dieron, quedándome el escrúpulo de haber engañado á su dueño. Es verdad que el dicho sombrero no pasaba de un *chilaquil* aderezado; y donde á mí me pareció que había salido ventajoso ¿qué tal estaría la chupa? Ello es que al tiempo del trueque me acordé de aquel versito viejo de

Casó Montalvo en Segovia
Siendo cojo, tuerto y calvo,
Y engañaron á Montalvo:
Pues ¿qué tal sería la novia?

Contentísimo con mi sombrero y de verme disfrazado con mis propios *tiliches*, convertido del hijo de don

Pedro Sarmiento en mozo alquilón, partí á buscar al coime mi protector, quien me dijo que todo estaba listo; pero que aquella camisa parecía sudadero, que fuera á lavarla á la acequia y á las doce me llevaría al acomodo, porque la pobreza era una cosa y la porquería otra; que aquélla provocaba á lástima y ésta á desprecio y asco de la persona; y por fin, que me acordara del refrán que dice: como te veo te juzgo.

No me pareció malo el consejo, y así lo puse en práctica al momento. Compré cuartilla de jabón y cuartilla de tortillas con chile que me almorcé para tener fuerzas para lavar; me fuí al *Pipis*,¹ me pelé mi camisa y la lavé.

No tardó nada en secarse, porque estaba muy delgada y el sol era como lo apetecen las lavanderas los sábados. En cuanto la ví seca la espulgué y me la puse, volviéndome con toda presteza al mesón, pues ya no veía la hora de acomodarme; no porque me gustaba trabajar, sino porque la necesidad tiene cara de hereje, dice el refrán, y yo digo de pobre, que suele parecer peor que de hereje.

Así que el coime me vió limpio se alegró y me dijo: — Vea usted como ahora parece otra cosa. Vamos.

Llegamos á la botica, que estaba cerca, me presentó

¹ Un recodo que al lado de un puente hace la acequia principal por el barrio de San Pablo, donde sin pagar se lavan los muy pobres. E.